

En aquella ciudad, los españoles,
Como en algunos inocentes pueblos,
Entrado habian manejando ruines
De fingida amistad los viles medios,

O bien, á nombre de ese Dios incógnito
Que tendió las cortinas de los cielos;
O, arrojada la hipócrita careta,
Sembrando el luto, el exterminio, el miedo. ⁸

Sanguinarias panteras, disfrazadas
Con las cándidas ropas del cordero!...
Entes malditos, que sonrisa mienten
Mientras traiciona criminal su pecho!



(Los caciques y príncipes reunidos)
Desde el dosel el gefe del imperio,
Con voz tranquila y magestosa calma,
Así les habla, y con solemne acento:

“ Príncipes claros, frívolos motivos
“ Nunca en estos salones os reunieron;
“ Que del estado los negocios, siempre
“ Aquí ocuparon vuestro fiel talento.

“ Pero hoy, mas que nunca, necesita
“ Vuestros auxilios y leal consejo
“ La triste patria, que amagada tiembla
“ Al borde obscuro de inminentes riesgos.

“ Harto sabeis que la extranjera gente
“ Que osada invade los dominios nuestros,
“ Viene del lado donde el sol se alza,
“ Y lanza el rayo, desatando el trueno.

“ Surca las ondas de los anchos mares
“ Sobre palacios de tamaño inmenso,
“ Con grandes alas, que su mole impulsan
“ Si las hiere una ráfaga del viento.

“ Sobre sus rostros de marfil se extiende
“ En dulces tintas el color de fuego,
“ Cubierta en parte la semblanza hermosa
“ Con barba espesa de luciente vello.

“ Vaga en sus labios la sonrisa leve,
“ Brilla en sus ojos límpido destello,
“ Juega el candor en su divina frente,
“ Y amables son como la luz del cielo.

“ Pero demandan oro, se les niega,
“ Y espanta entonces su mirar severo,
“ Y en su implacable, despiadada ira,
“ Manso es el tigre que destroza hambriento!

“ Hablan de un Dios que en el Oriente impera,
 “ Un Dios de paz y de bondades lleno;
 “ Le llaman padre, y en su nombre ejercen
 “ Negras matanzas, procederes negros.

“ Acaso sean semidioses, hijos
 “ Del sábio Quetzalcoatl, hijo del fuego,
 “ Que á los tultecas ilustró, dió leyes,
 “ Y hácia el Oriente se envolvió en misterio. 9

“ Acaso sean de Satan abortos,
 “ Del antro obscuro tenebrosos genios,
 “ Que airados dioses, en profundo encono
 “ Han desatado sobre Anáhuac, fieros.

“ Ya como á dioses, aplacarlos quise
 “ Con perfumes finísimos é inciensos;
 “ Como á mortales, les envié mujeres
 “ Oro y diamantes de valor excelso.

“ Mas á pesar de mis finezas tantas,
 “ Y tanto y tanto sacrificio empero,
 “ Con pertinaz desvergonzada audacia,
 “ Siguen aún en su primer intento.

“ Y sin embargo: ni al glorioso brillo
 “ De nuestras armas, que do quier vencieron;
 “ Ni al reposo feliz del alma patria,
 “ Ni á la sagrada dignidad del cetro,

“ Ni á la creencia y venerandos ritos
 “ Que guardaron allá nuestros abuelos,
 “ Podrá jamas, de tan fatales seres
 “ Convenir la presencia, impunes ellos.

“ Yo, poseído de mortales dudas,
 “ Tantas rarezas descifrar no puedo:
 “ Amo á mi patria, y su glorioso nombre
 “ Sabré en las lides sostener cual bueno.

“ Pero si á ideas que mi mente agitan,
 “ Si á las visiones de espantosos sueños
 “ O fúnebres delirios que me acosan,
 “ Dócil creencia tributar debemos;

“ Si esos de luz brillantes meteoros
 “ Que hace diez lunas con horror se vieron,
 “ Cual cortinas de grana transparentes
 “ Allá del orto, á la mitad del cielo;

“ Si esos errantes, luminosos globos
 “ Que cruzaron la esfera ha poco tiempo,¹⁰
 “ Mas rojos que el metal encandecido,
 “ Y en pos sus caudas de luciente fuego,

“ Presagios son que deben estimarse,
 “ ¡Ay infelice del azteca imperio!
 “ Y ay infelice de su fuerte trono!
 Ay infelice de su altivo pueblo!”

Dijo el monarca: y sus llorosos ojos
Alzó sublimes, con dolor acerbo:
De los príncipes, varios los semblantes,
Pintaban encontrados los afectos.

Unos yacian con mortal pavora,
Sumergidos en negro abatimiento;
En otros centellaban las pupilas
De nombre y gloria al mágico embeleso.

El uno lleva el reforzado puño
A la filosa espada, sin quererlo,
Y mira en torno, levantando erguido
El grueso tronco del hercúleo cuello.

El otro tiene la mirada fija
Del artesón en el dorado cedro:
Segun parece pertinaz revuelve
Ideas de presagios y de agüeros.

Teutlile entonces, "príncipes," les dice,
"Sosegad esos ánimos inquietos:
"Yo les he visto; y ni sus fuertes armas
"Do el rayo nace con terrible estruendo;

"Ni los gigantes monstruos que pelean
"Pendientes á sus mínimos deseos:
"Ni sus palacios, que flotantes cruzan
"Raudos los mares, como el bosque el ciervo;

"Ni su aire de dioses; ni en la guerra
"Tanto arrojo, tan bárbaro denuedo,
"Me parece que deben apreciarse
"Por quienés ven la muerte con desprecio.

"En buen hora penetren, si lo quieren,
"Del poderoso Anáhuac hasta el centro;
"Si dioses son, en vano con las armas
"En su curso pararlos pretendemos;

"Si son mortales, y la vil perfidia
"A penetrar llegamos en sus hechos,
"Tiemblen entonces, tiemblen; de la clava
"Sucumbirán bajo el enorme peso;

"O en los altares, entre el dulce aroma
"De resinas preciosas, sobre el fresco
"(De rosas, amarantos y azúenenas)
"Nunca mas grato, adormecido lecho,

"Qué, quien llevó los ínclitos pendones
"Del Anáhuac, por todo un hemisferio...
"Quien rompió con sus plantas en su giro
"Las poderosas armas de cien pueblos;

"¿Debe temblar á sola la presencia
"De un puñado, tal vez de aventureros?
"Mengua fuera! Y entonces ¿qué dirían
"Los que ahora nos tienen en gran precio?

“ Insolentes se alzarán, sacudieran
 “ El yugo que dictado les tenemos,
 “ Y entonces sí, del invencible Anáhuac,
 “ Ay infelice en su enconado acceso!”

El jóven Cuahutimótzin, cuyo lábio
 Empezaba á esmaltar bozo ligero,
 (Mas cuyo brazo en la deshecha pugna
 Era el terror de combatientes fieros....)

Cuya precoz cordura y gran prudencia
 Ya le valían voto en el consejo,
 Y cuyas altas relevantes prendas,
 Que le ganaban popular afecto,

Hacían ver cual sucesor presunto
 De Moteuczoma, á tan gentil mancebo,
 Rivalizando en opinion y gloria
 Con Cuitlahuátzin mismo, su maestro;)

Este jóven, repito, al asentarse
 Teutlile el bravo, con hablar resuelto,
 Pero á la vez tranquilo y argentado,
 Así contesta el sólido argumento:

“ Teutlile, de tu brazo poderoso,
 “ Y de ese de leon corazón fiero
 “ Que, si se irrita en bélica disputa,
 “ Quiere todo arreglarlo á muerte y fuego,

“ No te debe cegar la confianza:
 “ Si este de vida fatigoso aliento
 “ Tan solo se versara, tu dictámen,
 “ No dudes, no, siguiérale el primero.

“ Pero se trata de la dulce patria,
 “ De su cara existencia nada ménos ...
 “ Y de su gloria, y de su caro nombre,
 “ No somos, no, los absolutos dueños.

“ Soy de sentir por tanto: que esas gentes
 “ No penetren jamás en el imperio;
 “ Y bandidos ó dioses, á la patria
 “ Sepan que deben tributar respeto.

“ Teutlile, tú que generoso abrigas
 “ Todo el candor de un niño, aunque eres viejo,
 “ Sueñas hallar valientes adversarios
 “ Con quien medir tus fuerzas, cuerpo á cuerpo.

“ Mas ah! que te equivocas: nos amagan
 “ Enemigos hipócritas, rastrosos....
 “ Serpientes que ora lamen, ora muerden
 “ La misma mano que les lanza el cebo.

“ Tabasco!.... Zempoala!.... ahí teneis
 “ Amargos testimonios de este aserto!....
 “ Y no se diga, nó, que les esquivo;
 “ Pues que impaciente ansío ir á su encuentro.

“ Déseme en el instante, de valientes
 “ Determinados á morir, pequeño
 “ Un puñado, y ofrezco que á buscarles
 “ Penetraré en su mismo campamento.

“ Ea, caciques preclaros! poderosos
 “ Príncipes y magnánimos guerreros!
 “ Volad, volad! —ahí teneis la gloria!
 “ ¡La infamia al que no siga vuestro ejemplo!

“ Un golpe nada mas! uno, y acaben,
 “ O en nuestra contra irritarán arteros,
 “ Esas naciones, tímidas ahora,
 “ Que al nombre tiemblan del que empuña el cetro.

“ ¡A qué aguardamos que á la lid sangrienta
 “ No se disponen rápidos aprestos?
 “ Como mugeres trémulas, su saña
 “ En los hogares esperar debemos!....

“ Nos juzgaran imbéciles!.... y entonces,
 “ De avaricia y orgullo henchido el pecho,
 “ Talarán el país!.... y en los hogares
 “ Penetrarán profanos, altaneros!....

“ Y violarán inmundos nuestros tálamos!....
 “ Demolirán sacrílegos los templos!....
 “ Y.... ávidos de oro y joyerías,
 “ Será el botin sus ricos paramentos!”

Dijo el príncipe; y todas las miradas
 Chispearon en vívidos destellos;
 Los corazones palpitaron gloria,
 Fuerza ostentaron los robustos miembros,

Y los labios vertiendo el alborozo,
 Mil bravos entusiastas, repitieron;
 Y los ancianos bélicos besaron
 La tersa frente del gentil mancebo.

El mismo Moteuczoma enternecido,
 Al doncel estrechó contra su seno
 Y “hé ‘aquí,” exclamó, “ la postrimera tabla
 “ En tu naufragio, oh patria! oh caro suelo!”

= Ah!.... si este hombre sacudir pudiese
 De su alma los áspides eternos,
 Que la roen crueles, la emponzoñan....
 Que la motivan destructor incendio!....

Si pudiese parar aquella lucha
 Que, implacables, sostienen en su pecho
 El patrio amor, y el hado que, impasible,
 Tiene descrito su fatal sendero!....

Campiñas encantadas del Anáhuac!....
 Aguas cerúleas, límpidos espejos
 Del terso lago, do su imágen vian
 La rosa altiva, el generoso fresno!....

Cuán otra entonces de vosotras, tristes!
 La suerte, oh Dios! hubiera sido!.... empero,
 Eráis ricas en oro, como hermosas,
 Y ávido de oro el europeo!....

Eráis dulces, amables, inocentes....
 Y el enemigo, malicioso, infecto....
 Eráis leales, como el casto niño,
 Y el enemigo, cual la hiena, artero!

Y débil el monarca! ah!.... ¡el tirano!....
 ¿Qué déspota no es débil? ¡Vilipendio....
 Mengua, baldon de belicosas razas
 Que el nombre azteca esclarecer supieron!

Supersticion! raquílica enemiga
 Del hombre, en tantos títulos excelso!....
 Tú eres, tú, su remora importuna
 Tú le orillas al crimen, al exceso!....

Cortés supersticioso, con sus cómplices,
 Señalaba con muertes, con incendios
 Y con nefandos crímenes su tránsito
 Por un país pacífico, sincero!....

Supersticioso Moteuczoma imbécil,
 De ultraje tanto espectador inepto,
 A la idea temblaba, de que dioses
 Pudiesen ser airados, justicieros!....

¡Y eran los apóstoles mentidos
 Que el divino filántropo Evangelio,
 Sacrílegos tornahan en careta
 Para el rostro encubrir, del bandolero!....

Mas el infausto rey solo veía
 Predicciones fatídicas y espectros;
 Y al noble ardor generoso jóven
 Responde así, con vacilante acento:

“ Jóven te calma: y de Teutlile sabio
 “ Sigamos fieles el prudente acuerdo:
 “ Tienes patria, es verdad; pero deidades
 “ Que sumisos honrar, también tenemos.

“ Tiempo vendrá en que pueda el alto temple
 “ De esa tu alma, y por tu patria el zelo,
 “ Ponerse á prueba en las sangrientas luchas
 “ Do el héroe ciñe el lauro del esfuerzo.

“ Mas de los dioses, que propicios siempre
 “ Nuestras huestes do quiera protegieron,
 “ No por el dulce amor del alma patria,
 “ Temerarios la cólera irriteos.

“ Vengan aquesos hombres ó deidades
 “ Si los hados, por fin, han de quererlo;
 “ E impostores ó dioses, de nosotros
 Muerte cruel reciban, ó el incienso!”

Dijo: y movió con magestad solemne,
 De oro y piedras el intento cetro;
 Y caciques, y príncipes, y nobles
 Callaron, y la junta disolvieron.

Así un monarca que llevaba altivo
 Do quier su yugo de pesado hierro,
 Ahora, fascinado se estremece,
 Se entrega á advenedizos extranjeros.

Así sobre sus sienas la diadema
 Se desmorona por su mismo peso!...
 Y un cetro de diamante, entre sus manos.
 Así se funde, como frágil hielo!...

CANTO IV.

Por diez veces la perla de los cielos,
 Astro de paz, cuyo fulgor platea
 Los seculares cedros de los bosques,
 De los abismos las lejanas quiebras:

Por diez veces su disco, que apacible
 La faz amabilísima semeja
 De un ángel, que vigila por el triste,
 Desde el cenit de la cerúlea esfera:

Por diez veces, repito, se mostrara
 A presidir las fulgidas estrellas,
 Tras dilatadas, misteriosas noches
 Que tienden espantables sus tinieblas;

Y aquel astro divino, por diez veces,
 Volvió á mirar de Anáhuac las praderas
 Sembradas de cadáveres sangrientos
 Que enrojecían la inocente yerba.

Víctimas desgraciadas! ¡qué se hicieron
 Vuestro porte gentil, vuestra grandeza,
 Y aquel brillar de vuestros negros ojos,
 La javelina al esgrimir tremenda?